



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

María, una aliada del sí de Dios

Reflexiones sobre el Evangelio de Lucas 2, 16-21 (Solemnidad de Santa María, Madre de Dios - Ciclo A – 1 de enero de 2017)



El primer día del año la Iglesia nos propone tener en el centro de nuestra reflexión y de nuestra oración a la Virgen María, proclamada y reconocida como Madre de Dios. No hay palabras suficientes para destacar la grandeza de esta pequeña mujer del pueblo, comprometida hasta las últimas consecuencias con el sí de Dios a la humanidad. Desde la primera hora de la Encarnación, Ella, llena de valor y de fe se lanza a la aventura de ser cómplice y testigo del más grande don de Dios por la humanidad: Dios se hace cercano para habitar en nosotros, para redimir y salvar a la humanidad, no desde el poder, sino desde el compartir las luchas y las ilusiones de los hombres haciendo el camino con ellos.

Dice Lucas que **María guardaba todo esto en su corazón**. ¿Qué guardaba María? No lo sé. No obstante, desde mi amor hacia ella, voy a tener el atrevimiento de decir algunas cosas:

La alianza con el sí de Dios. En la Encarnación, como nos sugiere San Ignacio en la contemplación de este misterio en los Ejercicios Espirituales [101-109], vemos a las tres personas divinas observando la humanidad en su diversidad y, sobre todo, en su sufrimiento por las guerras, las divisiones, la enfermedad... Ante ese no de los hombres, Dios dice sí y apuesta por trabajar en la transformación y la liberación de la humanidad doliente a través de la irrupción de su Hijo en nuestra historia. Ese sí de Dios, esa apuesta por lo humano, tenía que tener una mujer que, a pesar de las circunstancias adversas, se atreviese a decir sí y a aliarse con el proyecto de Dios. Esa mujer fue María.

El discipulado y la intimidad con Dios como camino. La primera discípula y la modelo de persona en oración es, sin duda alguna, María. Ella bebe permanentemente de las actitudes de su hijo y entiende que para ser una auténtica discípula hay que estar mucho tiempo con él, abrir el corazón para escuchar su Palabra y, ponerla en práctica.

Sí, con otros. María no es una mujer solitaria, desde el primer momento de la Encarnación, comparte la noticia con los suyos, con la comunidad, para sentirse confirmada por ella. Durante toda su vida será mujer de Iglesia, lo que la llevará a estar atenta a la vida de sus hermanos para interceder por ellos y para mantenerse a la espera de la implantación de la Buena Noticia de su Hijo.

Hay una segunda palabra que resuena en el Evangelio de Lucas: **Los pastores, por su parte, regresaron alabando y dando gloria a Dios.** Los pobres que vivían en el descampado son los primeros destinatarios de la Buena Nueva del nacimiento del Salvador. Ellos, los que no tienen nada en su vida “por supuesto”, reconocen que Dios ha estado grande con ellos y que un tiempo de bonanza y bendición ha llegado. Los últimos son los primeros en la lógica del descenso que practica Dios.

La alabanza es el reconocimiento gratuito de Dios por su amor y por su apuesta por la humanidad. En este primer día del año, qué bien nos vendría abrir un espacio para alabar a Dios por su presencia entre nosotros y para comprometernos con su causa de liberación y salvación del género humano.

Termino esta reflexión invitándoos a leer con detenimiento la primera lectura de la Eucaristía, tomada del libro de los Números 6, 22-27:

Dijo Yahvé a Moisés: Comunica esto a Aarón y a sus hijos: “Éstas son las palabras con las que debéis bendecir a los israelitas: Que Yahvé te bendiga y te guarde; que ilumine Yahvé su rostro sobre ti y te sea propicio; que Yahvé te muestre su rostro y te conceda la paz. Si invocan así mi nombre sobre los israelitas, yo los bendeciré.”

Somos herederos de una bendición, es decir, llamados a decir bien de los demás. Al iniciar este año 2017, me atrevo a pedirle a Dios que, una vez más, nos bendiga:

Bendice a todas las personas que sufren el dolor de la guerra con la solidaridad y la protección por parte de las personas que soñamos un mundo en paz y concordia.

Bendice a todas las personas que no tienen acceso a los bienes básicos para vivir con dignidad a través del compartir de quienes tenemos un poco más para vivir.

Bendice nuestras familias, toda clase de familia, con lazos cada vez más sólidos de amor y de comprensión y con la acogida por parte de quienes creemos que la inclusión hace más discípulos de Jesús que el castigo y los señalamientos.

Bendice a los políticos y a quienes definen el destino de los pueblos para que abran su mirada y, lejos de sus ambiciones personales, trabajen por la construcción de un mundo más justo y en paz. Que en esa construcción se incluya el derribo de todos los muros que separan a los hermanos.

Bendice a la Iglesia para que con la dirección de Francisco, sea cada vez más el hogar de todos, un hogar de misericordia y acogida.